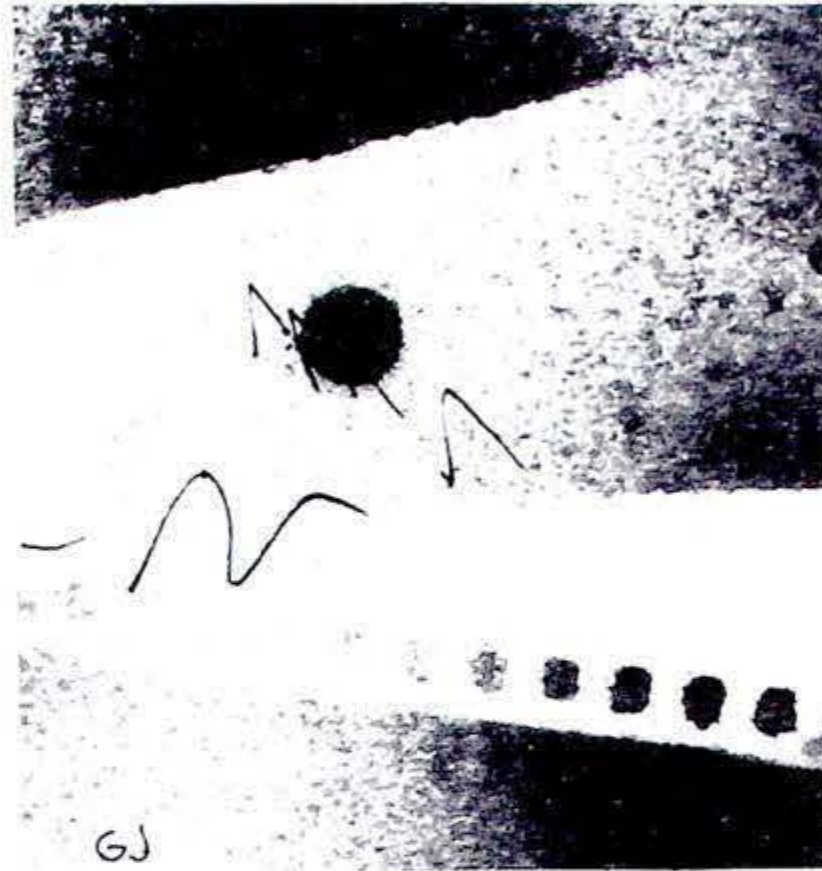


que G. Cirot hizo en el *Bulletin Hispanique*, 1899, de la sexta edición de la *Gramática* de Bello, 1898, con las notas y el índice alfabético con que la enriqueció Cuervo. 4. La semblanza que Boris de Tannenberg hizo de Cuervo en las *Siluetas contemporáneas*, publicadas por el mismo *Bulletin* en 1901. 5. La nota necrológica sobre Cuervo escrita por Morel-Fatio y publicada en el *Bulletin* en 1911. 6. El *Cuervo íntimo* de Tannenberg, publicado también en dicho *Bulletin* ese año y con esa luctuosa ocasión. 7. La reseña que Antonio Gómez Restrepo hizo en *El Siglo XX*, de Bogotá, enero de 1890, del libro *La poésie castellane contemporaine (Espagne et Amérique)*, de Tannenberg.

En cuanto a la correspondencia en sí, hay que decir que se trata fundamentalmente de cartas entre sabios filólogos que intercambian información, se hacen consultas sobre temas de su especialidad, se ayudan de modo eficaz y generoso. Cuervo en esto es un caso ejemplar. Nunca se negó a compartir los frutos de su investigación, llegando incluso a facilitar sus libros, que él tanto apreciaba. El aspecto humano queda bastante en la penumbra, con excepción tal vez del caso de Tannenberg. Aquí se ve que existía no sólo una relación entre consumados hombres de estudio: la amistad se imponía y permitía efusiones difíciles de encontrar en los otros casos.

Con Morel-Fatio, hombre soltero y solitario como Cuervo, la correspondencia va de 1882 a 1910, y trata sobre todo de consultas que uno a otro se hacen sobre citas, expresiones, sentido de versos y voces, equivalencias entre idiomas, y Cuervo llega incluso a consultarle sobre algunas cláusulas del testamento que iba a hacer. Con Gaston Paris la correspondencia va de 1884 a 1901, y el tema se centra en las obras de Cuervo: el *Diccionario*, *El castellano en América* y otras piezas.

Con Saroihandy la correspondencia va de 1895 a 1907, y se desarrolla en el campo de las consultas, con referencia a la lectura que hacía el francés de las *Disquisiciones y Apuntaciones* de Cuervo. Con Cirot la correspondencia va de 1899 a 1907,



como derivación de la amistad que unía a Cuervo con Morel-Fatio, maestro de Cirot. Este dedicó su interés especialmente a la *Historia de España* del padre Mariana, pero sacaba tiempo para leer los escritos y obras de Cuervo: *El castellano en América*, el *Diccionario*, las *Apuntaciones* y algún texto más del bogotano.

En cuanto a Rouanet, parece que fue corresponsal ocasional de Cuervo a principios de este siglo. Es tal vez el menos caracterizado de los corresponsales franceses de Cuervo, al menos sus notas no pasan de ser de ocasión. No así el caso de Tannenberg, corresponsal de 1885 a 1904. Muy apreciado por Cuervo, pese a la gran diferencia de años, Tannenberg deja conocer en sus cartas muchos aspectos interesantes de su vida personal. Es lástima no poder conocer las cartas que Cuervo le dirigió, pues esto permitiría conocer aspectos valiosos de una relación de amistad y consejo, que parece fue notable en todo sentido.

“Las cartas de Boris de Tannenberg —dice monseñor Romero—, dejando a un lado el aspecto puramente literario, son encantadoras por su sencillez, por esa confianza con que abre su corazón al hombre experimentado, por quien siente afecto filial. Hay algunas que pudiéramos decir íntimas, en que el corresponsal vierte toda su alma, con sus alegrías y sus penas, sus éxitos y sus fracasos y aun sus estrecheces económicas que lo llevan en dos ocasiones a pedirle a don Rufino un préstamo”.

En la edición hecha por monseñor Romero hay que destacar las introducciones y notas puestas a cada corresponsal y a todas las cartas. Son notas ilustrativas, ricas de información, seguras y claras. Tuvo, además, el acierto de hacer traducir del francés aquellas cartas que en ese idioma fueron escritas, conservando, desde luego, el texto original. Aparece así como complemento un aparte de traducciones, que acercan al lector al conocimiento de textos de singular valor.

Se completa la edición con utilísimos índices: onomástico, de ilustraciones y general, que facilitan ampliamente la lectura y consulta de este denso y rico volumen.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE

## A las puertas de la Hélade

### Llave del griego.

Félix Restrepo, Eusebio Hernández.

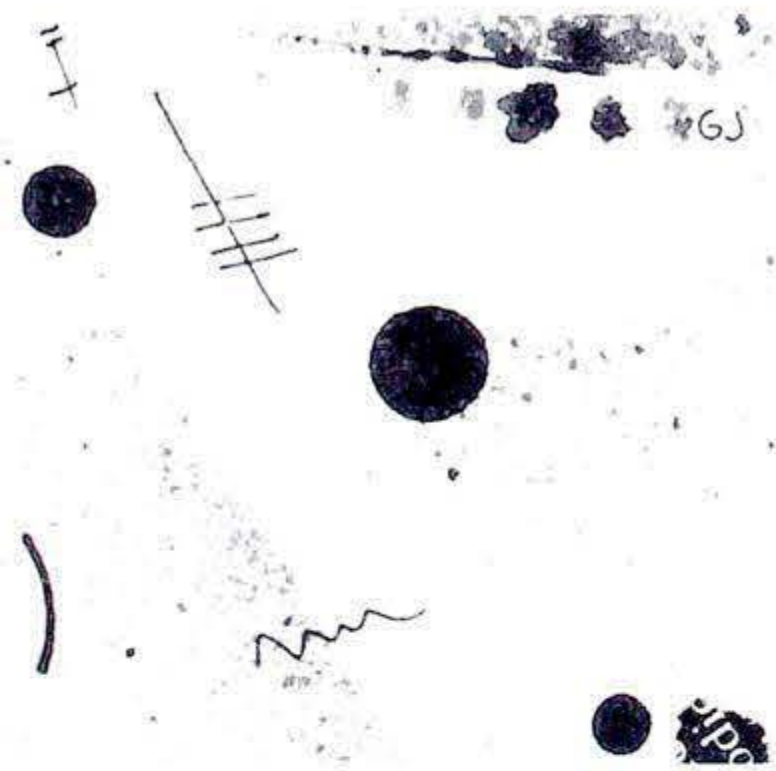
Edición facsimilar. Nota por Rafael Torres Quintero. Introducción por Manuel Briceño Jáuregui S. J. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1987, 566 págs.

Un rápido examen de las obras colombianas que se han publicado a lo largo de nuestra historia nacional, permitiría considerar la *Llave del griego* como un libro curioso y emblemático. Su prestigio está avalado por el número de ediciones que siguieron a su aparición en 1912 (cinco, incluyendo la que aquí se reseña) y sobre todo por haber sido uno de sus autores —el sacerdote jesuita Félix Restrepo— un humanista de gran influencia en el ámbito cultural del país.

El padre Félix tenía 25 años de edad cuando publicó la *Llave del griego* en Friburgo de Brisgovia (Alemania), y ya para entonces había concluido un segundo libro que titularía *El alma de las palabras: diseño de semántica general* y que publicaría

algún tiempo después en 1917. Ambas obras le valieron el aplauso de Marco Fidel Suárez y su designación, en 1915, como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. A esas dos obras seguirían después muchas más, como *El castellano en los clásicos* (1929), *Raíces griegas* (1935), *La ortografía en América* (1936), *El oro en el crisol* (1955) y *Entre el tiempo y la eternidad* (1960).

El padre Félix fue doctor en teología y en educación, consejero real de instrucción pública (España), director de la Academia Colombiana de la Lengua y rector de la Universidad Javeriana. Además, dirigió el Instituto Rufino José Cuervo (hoy Instituto Caro y Cuervo), fundado por Jorge Eliécer Gaitán en 1940, como departamento de filología del Ateneo Nacional de Altos Estudios y con la tarea de continuar el monumental *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, cuyos dos primeros tomos, correspondientes a las letras A-B y C-D ya habían sido concluidos y publicados por el mismo Cuervo.



La continuación del *Diccionario* por el Instituto así como la orientación general que éste sigue en sus investigaciones lingüísticas y literarias, muestran de manera clara la existencia de una muy fuerte tradición filológica y humanística en el país. La *Llave del griego* es un emblema de esta tradición. En *Los felinos del canciller* (R. H. Moreno-Durán, 1987), novela reciente en la que se exploran de manera crítica los fundamentos de esta tradición nuestra, la *Llave del griego* ocupa lugar desta-

cado. En uno de los pasajes de la novela en donde se habla de los estudios de las lenguas clásicas que sigue el protagonista, Félix Barahona Prádenas, dice el narrador:

*En cuanto al griego, Sanclemente [el pedagogo] no había escrito ningún manual pero en cambio utilizaba un lote de textos de los patricios locales, como La llave del griego según la Antología mikra de Maunoury, escrito y publicado por el cura Félix Restrepo en Friburgo de Brisgovia dos años antes de nacer el infante [Félix Barahona Prádenas], que no sólo se vio beneficiado por la gramática sino también por el nombre del pedagogo, cuyo libro era de uso obligado en todo el continente. Había, por supuesto, otros manuales y textos de semántica de diversos autores, pero Sanclemente utilizaba esa Llave porque con ella creía abrir sin rechinar las puertas más difíciles de la Hélade [pág. 257].*

El propósito inicial de la *Llave del griego* era, pues, facilitar el aprendizaje de la lengua clásica a los estudiantes de humanidades y ahorrarles, aunque fuera un poco, las largas y penosas horas que demoraba la comprensión de un aoristo o de un giro de la sintaxis. Como queda dicho, el padre Félix se valió para ello de la *Antología mikra* de Maunoury, que recogía algunos textos griegos muy breves. La antología cumplía la función de presentar en el menor espacio posible gran número de ejemplos que ilustraban las lecciones de griego y evitaban al estudiante esforzar su memoria para recordar ejemplos que provenían de fuentes muy diversas.

Una traducción al castellano acompaña los textos de la antología. A continuación viene un extenso Comentario que se ocupa de cada palabra que aparece en los textos griegos (más de tres mil palabras), propone un término castellano equivalente, indica su derivación y su orden semántico, y enumera algunos vocablos castellanos que provienen de ella. Al Comentario siguen dos capítulos dedicados a la Etimología y a la Sintaxis, y por último, varios índices de voces

griegas y castellanas que facilitaban el repaso ágil de las lecciones de griego y en nuestros días quizá permitan el empleo del libro como simple diccionario etimológico.

El lector actual puede pasar las páginas de la *Llave del griego* con cierta admiración, pero también con cierta indiferencia. Parece difícil imaginar que fuera la obra de un joven de veinticinco años y que en tantas escuelas de España y Latinoamérica jóvenes como él la recitaran y la memorizaran con el ánimo de alcanzar alguna comprensión de los textos clásicos. Por otra parte, el uso que puede tener en la actualidad es más bien limitado. La edición facsimilar que presenta el Instituto Caro y Cuervo tiene por objeto rendir homenaje a su fundador cuando se cumplen cien años de su nacimiento. Y sin embargo, por muy loable que sea este propósito, por muy alta que nos parezca la obra del padre Félix, cabe preguntarse por el valor que tiene reproducir fielmente un manual dedicado a estudiantes de hace medio siglo. Tal vez hubiera sido mejor examinar, a propósito de este centenario, la importancia que han recibido los estudios clásicos y filológicos en los distintos momentos de nuestra historia. En un país acostumbrado a promover la cultura a partir de aniversarios, la repetición aparece como una alternativa más tentadora y apacible que la creatividad o la crítica. La repetición: ese arte nostálgica que quiere immortalizar una obra exhumándola del polvo que nieva interminablemente sobre las bibliotecas.

J. E. JARAMILLO ZULUAGA

## Apetencia de qué

**Hola, soledad**

*María Mercedes Carranza.*

Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1987.

En la poesía de María Mercedes Carranza *no* es una novedad la iden-